

LOPE DE AGUIRRE, PRÍNCIPE DE LA LIBERTAD

Escribe: *Luis Guzmán Palomino.*

I

En 1550 los españoles de Santiago de los Valles de Moyobamba recibieron la inesperada visita de un grupo de nativos Brasiles, que informaron haber venido desde lejanas tierras de Oriente



remontando el Amazonas, habiendo perdido numerosa cantidad de gente en luchas que sostuvieron con otras naciones aborígenes asentadas en el trayecto. Hablaron también —y esto fue lo que entusiasmo a los españoles— sobre la existencia del fabuloso reino de Omagua, lo cual fue pura ficción para lograr que los cristianos los acompañasen en el viaje de regreso, que pensaban convertir en campaña de venganza.

Fue impresionante el número de españoles que anunciaron estar dispuestos a entrar en el Amazonas, pero el virrey Marqués de Cañete no autorizó la entrada sino hasta obtener la aceptación de Pedro de Ursúa para dirigirla. Este capitán, victorioso sobre los negros rebeldes de Panamá, llegó a Lima a finales de 1558, capitulando con el virrey la entrada por la cual se le concedió título de *“gobernador y capitán general del río Marañón y provincias de los Cararies y Manicuries, Omaguas y Machiforos, desde la provincia de Santa Cruz de Saposoa en los Motilones del Perú hasta donde se encierra este río en el Mar del Norte”*, vale decir, de todas las tierras del Amazonas hasta su desembocadura en el Atlántico, atravesando Las posesiones de los Lamistas, Cocamas, Cocamillas, Urarinas, Omaguas, Iquitos, Marubos, Ocainas y Ticunas.

En los primeros días de 1559 Ursúa mandó pregonar sus poderes, en procura de incorporar buen número de expedicionarios. Conviene expresar que autorizando la jornada el virrey quiso librarse de los muchos soldados turbulentos que

entonces vagaban por todo el Perú. Saposoa fue señalada como área de concentración y desde diferentes partes afluirían hasta allí cientos de españoles.

Pedro Ramiro, fundador de Santa Cruz de Saposoa en 1557, fue nombrado teniente general de la expedición, y tuvo a su cargo la construcción de doce bergantines con los cuales surcarían los ríos.

En la primera mitad de 1559 Ursúa estuvo en Saposoa, regresando luego a Lima en procura de mayores fondos. Pero para entonces el virrey recelaba; tuvo temor de ver tanta gente junta y entre ella la más tumultuosa. Sin embargo, por mediación de algunos oidores, contribuyó con liberalidad.

De regreso Ursúa pasó por Moyobamba y logró incorporar al clérigo Portillo, quien aportó dos mil pesos que sirvieron para comprar pólvora. Llegó luego a Saposoa y viendo excesiva cantidad de gente, la dividió entre los pueblos vecinos, a fin de que no pasasen apuros en su alimentación. A Tabalosos marcharon cincuenta, comandados por su teniente Pedro Ramiro, quien en el trayecto fue traidoramente asesinado.

Ése fue el inicio de la ininterrumpida cadena de traiciones y asesinatos que caracterizarían esta "entrada". Sintió mucho Ursúa la muerte de su teniente y no creyó la versión de los asesinos sobre que Ramiro tenía preparada una "entrada" por su cuenta. Tras apresarlos, los degolló sin mayor trámite. Algunos que bien lo querían, le recomendaron deshacerse de gente que, pese a tener pública reputación de tumultuosa, había sido aceptada en la expedición. Pero el capitán no aceptó el consejo, expresando que la gloria por adquirir borraría cualquier culpa pasada.

Por entonces, receloso de que su jurisdicción fuese mellada, el gobernador de Yahuarsongo y Bracamoros, Juan de Salinas Loyola, avanzó con cuarenta soldados hasta la tierra de los Cocama, dejando allí acampada su tropa mientras el volvía por refuerzos. Ésta no le fue fiel, pues apenas marchado el gobernador tomaron la vía del Huallaga y se reunieron con la gente de Ursúa. A la sazón tenía éste 350 españoles, un millar de auxiliares indios y numeroso contingente de negros, incluyendo mujeres; 300 arcabuces, 40 ballestas, mucha pólvora, plomo, azufre y otros pertrechos de guerra, además de los doce bajeles ya citados.

Por ese tiempo llegó al campamento de Saposoa doña Inés de Atienza, una mestiza reputada como la mujer más bella del Perú, a la que Ursúa, a su paso por Trujillo, había convertido en su amante.

En los últimos días de junio, Juan Zapata de Vargas, nuevo teniente general, se embarcó con cien hombres como destacamento precursor para asegurar los abastecimientos. Iniciada la partida, destacó a su vez una vanguardia de treinta soldados, a órdenes de García de Arce, quien dejando atrás las tierras de los Capuzos y Cararies (Cocamas y Cocamillas) se internó en el Marañón pese a no tener autorización para ello. Vargas lo esperó hasta principios de julio, en que partió a su encuentro. Tras 22 días de navegación en canoas, dio en un "*pueblo de muchas comidas*", denominado Lagunas, que tomó por la fuerza metiendo en cadenas a los nativos que presentaron resistencia armada.

Allí decidió esperar a Ursúa, quien con el resto del ejército y sólo seis bergantines, pues los otros se quebraron al echarse al agua, entró por Topesana en el Huallaga el 26 de setiembre. Prosiguiendo juntos la entrada por el Marañón, dieron con un río "*que bajaba por la mano izquierda de Macas y Zamora*"; y poco más adelante encontraron a García de Arce, que fortalecido en un palenque resistía el ataque de los nativos Urarinas, los que huyeron al divisar la impresionante flota invasora.

Mas adelante hallaron otro río que "*por la mano izquierda bajaba de Quijos*", en cuyos cercanías se estacionaron, descansando ocho días sin oposición de los naturales. Aquí Fernando de Guzmán fue nombrado Alferez General de la expedición, a la vez que crecía la influencia de Lope de Aguirre, veterano conquistador famoso por sus ideas radicales.

El afán de Ursúa era dar con la mentada tierra de Omagua, que creía todavía lejos, ateniéndose a lo que decían sus guías Brasiles. Por ello no autorizó a sus hombres la exploración del interior y ello fue causa de que no hallaron a los primeros grupos Omaguas, que habitaban las cercanías de los ríos Tigre y Nany.

Reanudada la navegación encontraron un río que denominaron Iscauze, que venía de Xibundoy. Los pobladores de las orillas, nuevos Cocamas, Yameos y Urarinas, si no huían al interior los recibían hospitalariamente. Fue por allí que Alonso de Montoya exigió quedarse a poblar, lo que hubo de evitar Ursúa poniéndolo en cadenas.

Se empezaba a criticar en corrillos el autoritarismo del capitán, que tercamente insistía en buscar el presunto rico reino Omagua, tal vez influenciado por su ambiciosa amante. En previsión de motines, Ursúa autorizó exploraciones al interior, hallándose un pueblo llamado Maricuri.

Luego se prosiguió la navegación y el 19 de octubre interceptaron la desembocadura del Ucayali, advirtiéndoles en sus orillas a los nativos Mayurunas. Mas adelante avistaron el Napo, cuyos pobladores, probablemente Iquitos, opusieron resistencia en varios combates, en la primera semana de noviembre.

La superioridad bélica de los españoles posibilitó el desembarco, algo más adelante, en una provincia llamada Machifaro, que tomaron por la fuerza, saqueándola y rancheando a sus defensores.

Más de un mes descansarían aquí los cristianos. En ese lapso saldrían tropas a recorrer el interior, sin dar con el mentado reino de Omagua. Eran muchos los que por entonces, ante el escaso éxito de la expedición, murmuraban para interrumpir la entrada y quedarse a poblar o regresar. Y habían otros, no pocos, que tramaban algo distinto, un objetivo mayor: Eran los de Aguirre, quien solo esperaba el momento preciso para apoderarse de ese ejército y empezar su lucha por la independencia del Perú.

Ursúa fue advertido de esas juntas, lo que no hizo sino acrecentar su despotismo, castigando a los que consideraba sospechosos pero sin tocar a sus cabecillas, entre quienes se contaba, además de Aguirre, a Fernando de Guzmán, Lorenzo de Zaldúendo, Juan Alonso de la Bandera, Martín Pérez, Diego de Torres, Chávez y Villena, Miranda y Vargas y Cristóbal Hernández.

La flota reemprendió la marcha el 29 de diciembre, volviendo a desembarcar el 31, algo adelante del río Ampiyacu, por donde avistaron un sendero que iba tierra adentro. Se internó por él Sancho Pizarro, con sesenta soldados y los guías Brasiles, hacia la tierra de los Ticunas, que abandonaron sus aldeas por terror a los invasores, de cuyos rancheamientos habían ya recibido noticia: *"los malos tratamientos que hacían los españoles eran tantos y tan crueles, que los indios se iban dando nueva los unos a los otros, y se huían y ausentaban de sus pueblos, dejándolos despoblados y alzando sus comidas, y haciendo como mejor podían para librarse de tan grandes enemigos"*.

En esa estación, durante un descanso, fue que estalló el motín, cogiendo de sorpresa a Ursúa, por entonces entretenido con su mestiza. La noche de Año Nuevo de 1562 los fidelísimos de Aguirre asesinaron a Ursúa y Juan de Vargas, a los gritos de *"¡Libertad!, ¡Libertad!"*.

Acto seguido la gente toda fue reunida y ante ella Fernando de Guzmán justificó el alzamiento, señalando que había sido *"por buscar y conquistar esta tierra, poblarla y repartirla entre vuestras mercedes"*. Luego procedió a nombrar nuevos

mandos, haciendo su maese de campo a Lope de Aguirre. Quiso Guzmán asentar todo lo actuado en documento, que luego de ser redactado solicitó firmaran todos los expedicionarios. Llegado su turno, su radical maese de campo tomó la pluma y firmó: *"Lope de Aguirre, traidor"*.

Desde este momento la entrada devino rebelión contra el rey, teniendo como objetivo hacer del Perú un reino independiente de España. Al mando de Guzmán y luego de Aguirre, los *"Maranones"*, nombre con que se inmortalizaron estos expedicionarios, iban a completar la navegación de todo el Amazonas hasta dar en el Atlántico, emulando así lo realizado por Francisco de Orellana, pero ya no en servicio del rey de España sino encumbrando como nuevo rey del Perú a Lope de Aguirre, quien fue llamado *"Príncipe de la Libertad"*.

II

El mando de la expedición recayó entonces en Fernando de Guzmán, quien tuvo por maese de campo a Lope de Aguirre. Mostró éste su radicalismo al declararse a sí mismo traidor, diciendo luego a sus camaradas que todos lo eran por haber permitido el asesinato de Ursúa y que por tanto no hallarían perdón de las autoridades coloniales. Guzmán se convirtió desde entonces en un mero instrumento de Aguirre.

Prosiguiendo la navegación del Amazonas —pues Aguirre convenció a la gente de no quedarse a poblar—, el 24 de febrero de 1561, en un campamento a orillas del gran río, el caudillo rebelde anunció su plan de llevar la guerra al Perú para disputar el poder a las autoridades nombradas por el rey de España, indicando que no eran pocos los simpatizantes de su causa que lo esperaban en las provincias del interior.

El proyecto separatista aparecía meridianamente claro, pues Aguirre planteó las siguientes exigencias: *"la primera es que nos desnaturalicemos de España y digamos y confesemos que el rey Don Felipe no es nuestro rey, ni señor natural, negándole el vasallaje; y lo segundo, que elijamos a don Fernando de Guzmán por nuestro príncipe, señor y rey natural, para coronar en el Perú en llegando allí"*.

Su arenga fue tan vehemente que halló aceptación entre los españoles, criollos, mestizos, negros, mulatos e indios que formaban la expedición y desde ese momento, renunciando el vasallaje al rey de España, adoptaron al Perú como patria propia, por lo menos en la letra del proyecto revolucionario.

Fernando de Guzmán aceptó el hecho consumado y fue alzado por gobernador independiente, lo cual testimonió incluyendo en sus cartas el siguiente encabezamiento: *"Don Fernando de Guzmán, por la gracia de Dios Príncipe de Tierra Firme y del Perú y del reino de Chile"*.

Así, pues, Aguirre proyectó un reino independiente de amplia vastedad; pero aunque era cierto que en varias provincias tendría seguros simpatizantes, error suyo fue no haber realizado una previa tarea propagandística, de manera que su ambicioso plan era mas bien una aventura con muy pocas esperanzas de triunfo.

La *"entrada"* prosiguió con un prolongado descanso en el pueblo que denominaron De los Barcos, donde 20 negros carpinteros dirigieron la construcción de dos bergantines. Aguirre pensaba salir al Atlántico y empezar la guerra atacando las posesiones españolas de Venezuela para luego sublevar Panamá, de donde la rebelión se extendería al Sur.

Las propias crónicas españolas, todas las cuales pugnaron por adjudicarle los más duros calificativos, nos sirven para señalar que el caudillo revolucionario proyectaba la forja de una nueva nación, que nacería de la unión de varios grupos desposeídos: *"decía que se le había de juntar [la] gente pobre de la tierra [...] y asimismo que se le habían de juntar mil o más negros, a quienes daría armas y libertad"*.

Empero, no es posible señalar con certeza qué actitud pensaba adoptar respecto a las mayorías nativas oprimidas, aunque cabe suponer que tenía en mente la feudalización del Perú.

No tardó Guzmán en arrepentirse de haber aceptado encabezar tan audaces planes y empezó a mostrarse *"siempre como hombre espantado, demudado el rostro [. . .] Parecía que traía la muerte entre los ojos"*. Otros, como Gonzalo de Duarte, trataron de persuadir a Aguirre de quedarse a poblar en aquellos contornos, pero el caudillo insistió en el plan de guerrear por la posesión del Perú, empezando a llamársele por sus más fervientes partidarios *"Príncipe de la Libertad"*.

Comprendió Guzmán que su mando en realidad no existía y vio que no le quedaba más alternativa que dar muerte a Aguirre. Pero éste, al mismo tiempo, acordaba la eliminación de los vacilantes, que podrían perjudicar sus planes.

Así, en mayo de 1561 fueron sorpresivamente presos y ejecutados Fernando de Guzmán, Miguel Serrano de Cáceres, Miguel Bobedo, Alonso de Montoya, Gonzalo Duarte, Baltazar Toscano y el cura Henao.

Aguirre, cuya escolta formaban ochenta incondicionales, asumió de inmediato el título de *"Príncipe de la Libertad del reino de Tierra Firme, Perú y Provincia de Chile"*, anunciando que llevarla la lucha separatista *"desde la ciudad de Nombre de Dios, del reino de Tierra Firme, con la rica provincia de Veragua, hasta entrar en el Estrecho de Magallanes"*.

Nombró nuevos comandos y a fines de mayo prosiguió la navegación, hallando en breve a la tierra de los Annaquinas, que se calculó situada *"a la espalda del Nuevo Reino de Granada"*. En medio de grandes guazabaras con los nativos consiguió capturar un poblado que llamaron De la Jarcia, encontrando templos con adoratorios al Sol y la Luna, y también trofeos europeos que esos nativos habían tornado a los de Orellana veinte años antes.

La férrea disciplina que Aguirre impuso a sus soldados no tardó en disgustar a algunos, que pensaron en amotinarse con el apoyo de gente temerosa que quería desertar. El último tramo del Amazonas fue surcado soportando constante hostilidad de los nativos, verificándose varios combates en medio del río y a sus orillas.

Desembarcar para proveerse de agua y alimentos se tornó grave peligro y Aguirre consideró la necesidad de reducir su tropa, anunciando que la gente de servicio abandonaría los bergantines. Esto provocó la protesta de varios españoles, que se conmovieron de horror y pena viendo a esos indios desembarcar en tierra inhóspita: *"era de ver las lastimas que hacían, los gritos y gemidos que daban, que los ponían en el cielo, quebrando de dolor las entrañas y corazones de cuantos allí iban"*.

Incluso hubo español que pidió quedarse con ellos para servirles de doctrinero. Fue Diego Palomo, a quien Aguirre debió ahorcar para contener las quejas de varios más. Luego, abandonaron allí a más de cien indios e indias, entre éstas varias *"preñadas de los españoles"*.

Tras ello, prosiguió la navegación, y el 4 de julio de 1561 los dos bergantines salieron al Océano Atlántico. Empezaba entonces la guerra y una quincena más tarde asaltaban la isla Margarita, a los gritos de *"¡Libertad!" "¡Libertad!"* y *"¡Viva el Príncipe Lope de Aguirre!"*.

El gobernador de dicha posesión española, Juan de Villandrando, fue ejecutado, huyendo sus pobladores a los montes mientras los rebeldes se apoderaban de la capital. En ella permanecieron hasta el 31 de agosto, en que pasaron a la Burburata y luego a Nueva Valencia.

Noticiadas de los graves sucesos, las autoridades coloniales dictaron rápidas disposiciones a efecto de reunir un ejército que se opusiera a Aguirre. En Vera-gua se alistaron 100 soldados, a órdenes de Francisco Lozano; en Panamá 250, al mando de Pedro Caballero y en Nombre de Dios 250, jefaturados por Rafael de Seguro. A esa tropa de seiscientos españoles se añadió un ejército auxiliar de 800 negros.

Los rebeldes no tardaron en ser informados de esa junta y empezaron a desertar, sabiendo que enfrentarían a enemigo más numeroso y tras comprobar que nadie se plegaba a la insurrección en las posesiones que habían tomado. Pese a ello, Aguirre se proclamó por entonces *"Fuerte Caudillo de los Invencibles Maraños"* y redactó una famosísima carta al rey, documento que es fundamental para comprender el alcance de su lucha.

Resulta verdaderamente increíble la actitud de reto que asume en ella Lope de Aguirre. Cuesta trabajo imaginar tal hombre en el siglo XVI. Casi no se concibe a un vasallo diciéndole a Felipe II que vive *"a costa del sudor de tanto hijodalgo y sin ningún trabajo anda comiendo el sudor de los pobres"*. Menos aun es viable imaginarse al modesto hidalgo desafiando al *"Emperador del Universo Mundo"*, invitándolo a medirse de hombre a hombre, con las armas en la mano.

"Yo, rebelde hasta la muerte por tu ingratitud", le escribió al rey. ¡Qué diferencia con los caudillos de los alzamientos anteriores, cuyos soldados más radicales apenas se permitieron algún ligero reproche al monarca! Lope de Aguirre no tuvo punto de vacilación; en él, la ruptura con la corona fue total, pues amenazó con destruir a todos sus representantes en la colonia: *"Yo y mis doscientos arcabuceros marañones, conquistadores, hijosdalgos, hacemos promesa de no dejar ministro tuyo a vida, porque ya sé hasta dónde llega tu clemencia"*.

Maravillosa expresión, altanero desafío, reflejo de un impulso de lucha a muerte. Aguirre no se quedó corto en sus planteamientos. Pregonó *"una guerra cruel a fuego y sangre contra el rey de Castilla y sus vasallos"*. Extraordinaria la soberbia del caudillo: *"Yo y mis compañeros no esperamos de ti misericordia"*, le escribió al rey, tuteándolo, y firmando al final de la carta: *"Lope de Aguirre, Traidor"*.

El 15 de octubre Aguirre y sus rebeldes, bastante disminuidos por la constante desertión, partieron a Barquisimeto, donde organizaron la resistencia el gobernador Collado y su maese de campo García de Paredes. En la imposibilidad de doblegar con tan poca gente al crecido ejército realista, Aguirre, tras varios combates, pretendió regresar a la costa y mandó tremolar en sus bergantines sus

banderas negras sembradas de puñales de color rojo. No lo pudo verificar, pues su posición fue cercada por tropas realistas recién venidas desde Mérida y Trujillo a las órdenes del capitán Bravo.

Entonces lo abandonaron sus últimos "*Marañones*" y finalmente quedó solo con Antón Llamoso, soldado que prometió serle fiel hasta la muerte. Desesperado, Aguirre apuñaló a su hija mestiza, llamada Elvira, que también lo había seguido hasta ese trance, para evitar que los vencedores la convirtieran en ramera.

Intento luego una última defensa, pero fue muerto a arcabuzazos, el 27 de octubre de 1561. Su cadáver fue descuartizado y su cabeza, colocada en una jaula, se expuso públicamente en Tocuyo por varios años.

De él escribieron los españoles que "*fue el peor hombre que hubo desde Judas, ya que traiciono a Dios, al Rey y a sus amigos*". Toca a los peruanos reivindicar su memoria.

Poco después surgieron brotes sediciosos en Quito, Panamá y en algunas provincias del Perú, que fueron severamente reprimidos. Tal vez el más importante fue el de los Méndez, el Mozo y El Viejo, que pretendieron "*alzarse con la ciudad de Panamá*". Ambos fueron ahorcados y descuartizados, "*por traidores a la corona real*". Convendría investigar si tuvieron alguna relación con la lucha de Aguirre, porque curiosamente coincidieron en el tiempo, aparte de que el caudillo mencionó tener simpatizantes en varias provincias del Perú.